

MATRÍCULA Y LECCIONES

XI CONGRESO INTERNACIONAL DE HISTORIA
DE LAS UNIVERSIDADES HISPÁNICAS
(VALENCIA, NOVIEMBRE 2011)

Prólogo de

MARIANO PESET y JORGE CORREA

VOLUMEN I

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
2012

Col·lecció Cinc Segles

Edita:

Servei de Publicacions de la Universitat de València

© *d'aquesta edició:* Universitat de València, 2012

Publicacions de la Universitat de València

<http://puv.uv.es>

Publicacions@uv.es

Coordinador: Vicent Olmos

Fotocomposició, maquetació i impressió: Arts Gràfiques Soler, S. L.

L'Olivereta, 28 46018 València

www.graficas-soler.com

ISBN: 978-84-370-9021-4 (Obra completa)

ISBN: 978-84-370-9022-1 (Vol. 1)

Dipòsit legal: V. 3.106 - 2012

Aquesta publicació no pot ser reproduïda, ni totalment ni parcialment, ni enregistrada en, o transmesa per, un sistema de recuperació d'informació, en cap forma ni per cap mitjà, sia fotomecànic, fotoquímic, electrònic, per fotocòpia o per qualsevol altre, sense el permís previ de l'editorial.

LA REBELIÓN DE LOS ESTUDIANTES

MARC BALDÓ LACOMBA*

La rebeldía de los estudiantes de los años sesenta (en rigor, finales de los cincuenta, sesenta y principios de los setenta) es un fenómeno que se desarrolla en todo el mundo y además no se circunscribe a los estudiantes, sino que alcanza a amplios sectores de jóvenes. Los estudiantes fueron, en todo caso, actores destacados de una protesta juvenil que tuvo varias facetas convergentes y con vasos comunicantes entre sí: movimientos estudiantiles, movimientos pro derechos civiles y de lucha contra la segregación racial, movimientos feministas y de emancipación de la mujer, movimientos de liberación sexual, movimiento *hippie*, movimiento ecologista, pacifismo, popularización de las drogas... No ha de extrañar el entusiasmo de sí misma que tenía una generación que se creía descubridora de una nueva sociedad: «En los años sesenta vimos en acción –escribiera Sartori– una generación convencida de que no había habido luz en el mundo hasta que fue encendida por los veinteneros de entonces».¹

En las páginas que siguen se caracterizarán, en primer lugar, los rasgos básicos de la rebeldía y, en segundo lugar, se indicarán sucintamente las líneas fundamentales del movimiento estudiantil de España en los años 1956-1978.

LA REBELIÓN JUVENIL DE LOS AÑOS SESENTA

Hobsbawm define a los protagonistas de la rebeldía de los *sixties* como un movimiento de jóvenes intelectuales y concretamente estudiantes, que en su facies más general se puede

* Universitat de València.

1. Giovanni Sartori, *¿Qué es la democracia?*, Madrid, Taurus, 2007, p. 298.

asimilar a «un movimiento de los hijos e hijas de familias de clase media».² Así lo entiendo. La brecha entre los hijos de las clases medias y los de los trabajadores en los sesenta es notoria: los jóvenes de los grupos sociales con más posibilidades acuden a los centros de educación secundaria y superior, mientras que los hijos de los trabajadores, cuando acaban la primaria (y en países menos desarrollados sin ella), se incorporan al trabajo. «La enseñanza superior —escribe Judt—, que antaño fuera un privilegio, ahora sería un derecho».³ Pero todavía no abierto a todos aunque sí a más jóvenes cada vez. Son estos jóvenes, pues, los que protagonizan la protesta universitaria, los agentes que la impulsan. ¿Todos los universitarios? Ni mucho menos. El activismo estudiantil tiene detrás a una minoría de estudiantes significativa e influyente, especialmente en el colectivo universitario. Su influencia fue amplia en las formas, maneras y estilos contestatarios y puntual en las acciones políticas. Su rebelión se enmarca en un mundo lleno de jóvenes (el baby boom de la postguerra había llegado a la adolescencia) y en unas universidades desbordadas.

Para entender la revolución cultural de los sesenta en Europa, América y Japón, no se debe considerar la protesta estudiantil como la única pieza del puzzle.⁴ La rebelión universitaria confluye con otros movimientos, que se expresan (a veces) en esta protesta estudiantil y influyen en ella, pero que son independientes. Los nuevos movimientos sociales —feminismo, derechos civiles, ecologismo, pacifismo, liberación sexual, solidaridad internacional...— no son un corolario del movimiento estudiantil como a veces se sostiene, sino movimientos paralelos (y en ocasiones anteriores), que conocieron un fuerte empuje en el contexto de las grandes transformaciones sociales de los sesenta. Tal es el caso del movimiento feminista, muy anterior al sesentayochismo. Basta recordar a Emmeline Pankhurst y sus compañeras de lucha por el voto para la mujer o a Clara Campoamor y Victoria Kent; la segunda guerra mundial y el subsiguiente reflujo conservador de 1945 y los primeros lustros de la guerra fría relega a segundo plano a este movimiento. Pero ya en 1949, Simone de Beauvoir en *El segundo sexo*, recuerda que «On ne nai pas femme, on le devient». Cuando entre en escena el movimiento estudiantil, a finales de los cincuenta, será el movimiento feminista el que le influya y aporte la reflexión teórica que los estudiantes han de aprender.⁵ En países como Francia o Ale-

2. Eric Hobsbawm, *Cómo cambiar el mundo*, Barcelona, Crítica, 2011, p. 364.

3. Tony Judt, *Postguerra: una historia de Europa desde 1945*, 3ª ed., Madrid, Taurus, 2009, p. 574.

4. Una visión de conjunto, además de Judt, en Josep Fontana, *Por el bien del imperio: una historia del mundo desde 1945*, Barcelona, Pasado y Presente, 2011, 373-405; Geoff Eley, *Un mundo que ganar: historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 339-380; Donald Sassoon, *Cien años de socialismo*, Barcelona, Edhasa, 2001, pp. 425-450; David Pietsland, *Bandera roja: historia política y cultural del comunismo*, Barcelona, Crítica, 2010.

5. La norteamericana Betty Friedan en un célebre trabajo publicado en su versión original en 1963, sostiene que debían ser las propias mujeres las que se liberasen de la «cómoda prisión» a la que las sometía el salario familiar y el crecimiento económico de la época. Fueron, pues, las feministas las que hicieron reflexionar a los estudiantes; ver Betty Friedan, *La mística de la feminidad*, Madrid, Júcar, 1974.

mania las mujeres estudiantes que militan en la protesta universitaria denuncian la misoginia y el machismo de sus compañeros.⁶ Tampoco el movimiento estudiantil genera al movimiento ecologista, aunque en los ochenta fuese la opción de muchos estudiantes activistas de los años sesenta.⁷ Lo mismo cabe decir de los movimientos de derechos civiles y los que se oponen a la segregación racial, mucho más amplios que los movimientos estudiantiles y del pacifismo. Éste en Estados Unidos fue influyente en los estudiantes (guerra de Vietnam), pero en Europa apenas tuvo eco. Al contrario, los estudiantes rebeldes y a la izquierda radical enfatizan la violencia, y aunque sólo contados estudiantes se aventuran en organizaciones terroristas, el elogio a la acción armada era moneda corriente.⁸

Lo que sí es común a todos estos movimientos es que en ellos tiene gran importancia la clase media y los jóvenes, sean o no universitarios. Todos estos movimientos —los estudiantes como uno más— protagonizan la revolución cultural de los sesenta y retan el horizonte cultural de los adultos, una generación golpeada que ha vivido la crisis del 29 y la guerra mundial y, con ímprobo esfuerzo, ha creado los «milagros económicos» que ahora disfrutan sus hijos; y permite visualizar unas nuevas culturas políticas y unas nuevas formas sociales basadas en la extensión permanente de derechos.

La disconformidad estudiantil, centrándonos ya en ella, es muy variada porque la situación en los diversos países también es distinta.⁹ En los países capitalistas desarrollados, la protesta universitaria está muy vinculada al crecimiento económico y al cambio social y

6. Véanse Susan Brownmiller y Bárbara Koster en Daniel Cohn-Bendit, *La revolución y nosotros que la quisimos tanto*, Barcelona, Anagrama, 1987, pp. 223-231 y 232-246 respectivamente; B. Marie Thérèse en Jacques Durandeaux (ed.), *Les journées de mai 68: rencontres et dialogues*, París, Desclée de Bouver, 1968, p. 147; el Consejo de Mujeres de la Liga de Estudiantes Socialistas de Alemania en una consigna dirigida a las estudiantes, marginadas y ninguneadas en la revolución, les decía «Liberad a las eminencias socialistas de sus pollas burguesas», citado en Daniel Cohn-Bendit y Rüdiger Dammann, *La rebelión del 68*, Barcelona, Global Rhythm Press, 2008, p. 95.

7. Joschka Fischer, del partido de los Verdes alemán e influyente político señala que «A finales del 77, principios de 78, nuestro movimiento anarco-mao-espontaneísta había fracasado. Era el momento en que el movimiento antinuclear cobraba importancia y adquiriría una influencia mayor que la del movimiento estudiantil del 68. A partir de éste se pudo crear el movimiento de los Verdes al que naturalmente me afilié», en Cohn-Bendit, *La revolución y nosotros...*, p. 217.

8. Mario Moretti, que pasó por la Universidad Católica decía, a principios de los setenta: «De la lucha armada entonces hablaban todos. En términos más o menos camuflados, pero el mínimo sobre el que se discutía era la relación existente entre luchas de masas y violencia revolucionaria. No había ni un solo grupo que no pensase en el brazo armado, bien tradicional, bien concebido en nuevas formas», Mario Moretti, *Brigadas Rojas: entrevista de Carla Mosca y Rossana Rossanda*, Madrid, Akal, 2002, p. 69.

9. Para las rebeliones de los sesenta hay muchos trabajos y sitios web. Aquí destaco algunos que considero relevantes. Como obras de conjunto: Carlos Fuentes, *Los 68*: París, Praga, México, Barcelona, Debate, 2010; Martin Klimke, *The Other Alliance: Student Protest in West Germany & The United States in the Global Sixties*, Princeton University Press, 2009; Martin Klimke y Joachim Scharloth eds., *1968 in Europe: a History of Protest and Activism, 1956-1977*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2008; Phillippe Artières y Michelle Zancarini-Fournel, *68: une histoire collective 1962-1981*, París, La Découverte, 2008; Mario Pellegrini (comp.), *La imaginación al poder*, Barcelona, Edi-

conforma un tipo de rebeldía inédito hasta entonces y propio de sociedades tecnológicamente avanzadas que define unas nuevas necesidades, impensables en los países con hambre. En los países más avanzados, la protesta de los jóvenes estudiantes e intelectuales reta los valores morales existentes, contesta la subordinación del individuo a la autoridad, denuncia la alienación (palabra que se pone de moda) de las personas a la producción y al mercado y contribuye a la emergencia de la nueva izquierda, cuyos efectos prácticos en la política se advertirán en décadas posteriores. Además, la protesta universitaria activa demandas de trabajadores en diversos países, y en algunos como Francia e Italia es chispa del movimiento obrero industrial y suscita enormes movilizaciones que consiguen ampliaciones del estado del bienestar.

Las insurrecciones de los estudiantes contestatarios de los países desarrollados, más que censurar la política de un gobierno determinado, se dirigen contra un sistema: la sociedad industrial y el capitalismo imperialista.¹⁰ El desafío es más cultural que político, contiene más valores críticos contra el sistema que propuestas, no logra definir proyectos adecuados para cambiar el mundo, y aún una buena gama de proposiciones contradictorias.¹¹ En su ideología —un *colage* de ideas de izquierda— destaca el antiautoritarismo y una condena y desprecio al capitalismo, sin poder escapar de él. Se sirven de una

torial Argonauta, 2008; Geneviève Dreyfus-Armand, et al. (eds.), *Les années 68: le temps de la contestation*, Bruselas, Complexe, 2000; Primo Moroni y Nanni Balesterini, *La horda de oro: la gran ola revolucionaria y creativa, política y existencial*, Madrid, Traficantes de sueños, 2006; Eugenio del Río, Migue Ángel García Calavia, José Luis Rodríguez y Ernest García, *El 68 treinta años después: memoria y esperanza*, Valencia, Universitat de València 2000; Arthur Marwick, *The sixties: Cultural revolution in Britain, France, Italy and the United States, c. 1958-c. 1974*, Oxford, Oxford University Press, 1999; H. S. Hughes, *Sophisticated rebels: The political culture of European dissent, 1968-1987*, Cambridge University Press, 1988. Para diversos países: Daniel Cohn-Bendit y Rüdiger Dammann, *La rebelión del 68*, Barcelona, Global Rhythm Press, 2008 (el libro se refiere a Alemania); Mavis Gallant, *Los sucesos de mayo. París, 1968*, Barcelona, Alba editorial, 2008; Kristin Ross, *Mayo del 68 y sus vidas posteriores: ensayo contra la despolitización de la memoria*, Madrid, Ediciones Acuarela, 2008; Miguel Cardina, «On student movements in the decay of the Estado Novo», *Portuguese Journal of Social Science*, 7-3 (2008), pp. 151-164; Sidney Tarrow, *Democracy and disorder: protest and politics in Italy, 1965-1975*, Oxford, Clarendon Press, 1989; C. Oliva y A. Rendi, *Il movimento studentesco e le sue lotte*, Milán, 1969; Kai Hernamm, *Los estudiantes en rebeldía*, Madrid, Rialp, 1968, 2ª ed; Elena Poniatowska, *La noche de Tlatelolco*, México, Era, 1998; Octavio Paz, *Posdata*, México, Siglo XXI, 1979; Elena Hernández Sandoica, Miguel Ángel Ruiz Carnicer y Marc Baldó Lacomba, *Estudiantes contra Franco (1939-1975): oposición política y movilización juvenil*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2007; Gregorio Valdelvira, *La oposición estudiantil al franquismo*, Madrid, Síntesis, 2006.

10. El dirigente estudiantil alemán Rudi Dutschke decía: «Lo que hoy nos mantiene unidos no es una teoría abstracta de la historia, sino el asco existencial por una sociedad que charla y charla de libertad mientras oprime, sutil y brutalmente, los intereses inmediatos y las necesidades de los individuos y de los pueblos que luchan por su emancipación económico-social». Ver Rudi Dutschke, «Los estudiantes antiautoritarios y las contradicciones del capitalismo tardío», en Uwe Bergmann, Rudi Dutschke, Wolfgang Lefèvre y Bernd Rabehl, *La rebelión de los estudiantes*, Barcelona, Ariel, 1976, p. 160.

11. Una mirada entusiasta y benévola del sesentayochismo en André y Raphael Glucksmann, *Mayo del 68: por la subversión permanente*, Madrid, Taurus, 2008, p. 94. Una mirada crítica de este movimiento y lúcida es la de Pier Paolo Pasolini, *Escritos cosarios*, Barcelona, Planeta, 1983. En el mismo sentido, Tom Hayden, inspirador del Manifiesto

retórica marxista que encapsula esencialmente un espíritu libertario que es característico de la nueva izquierda, el principal fenómeno de cultura política que emerge en los sesenta. Los jóvenes sienten desazón por el futuro que se les «impone» y lo rechazan: se rebelan contra el orden social, moral y político definido después de la Segunda Guerra Mundial, que es profundamente conservador: familia tradicional, moral puritana, mujer ama de casa, marido protector, salario familiar –patriarcal de hecho–, hijos obedientes, productividad y disciplina en el trabajo y beneficios del estado del bienestar.

Los contenidos de la protesta que protagonizan estos estudiantes no son del todo nuevos. Desde la generación Beat de Estados Unidos, los jóvenes tienen la sensación de estar golpeados, de que no se cuenta con ellos. De pronto, alzan su voz: hacen críticas a la sociedad de consumo y su carácter alienador, a la desmovilización/integración que comporta el consumismo, se reivindica el compromiso con la justicia social y la emancipación de los pueblos, se reclama dignidad y derecho a la autonomía de las personas y de los colectivos, se pide igualdad de género, derechos civiles, derechos a identidades de minorías y, en fin, se combate con energía la hipocresía y la moral puritana. Pero no es igual el movimiento de los estudiantes a un lado y el otro del Atlántico. En los estados Unidos, las posiciones de los estudiantes están más próximas a los nuevos movimientos sociales –derechos civiles, feminismo, pacifismo, ecologismo, libertades individuales...– que en Europa, donde tiene más peso e importancia el radicalismo marxista-leninista (el trotskismo y el maoísmo) que despliega una retórica revolucionaria sin medida y distanciada de la «realidad» que tanto buscan explicar y transformar aquellos jóvenes protagonistas. En Estados Unidos, en cambio, la protesta universitaria es más y moderna y está menos encorsetada a los clichés revolucionarios, no se cree «vanguardia» de la clase obrera y se plantea objetivos más limitados y concretos (pragmáticos); también a los dirigentes del movimiento europeo les cuesta más de digerir el feminismo, el pacifismo, el ecologismo y otras novedades de los nuevos movimientos sociales.¹² Pero en cualquier caso, y pese a las diferencias de grado en los países desarrollados, todas las propuestas del movimiento universitario y juvenil acabarán por influir, de algún modo, en estudiantes y jóvenes de los cinco continentes.

En los países comunistas de Europa oriental como Checoslovaquia, Polonia o Hungría, la rebelión juvenil, con estudiantes e intelectuales críticos (además de otros sectores sociales incluyendo a veces dirigentes del partido comunista), se encamina contra el sis-

de Port Huron (1962) señalaba: «Somos gente de esta generación criada en al menos un modesto bienestar que se encuentra ahora en las universidades, observando con incomodidad el mundo que heredamos», <http://www.h-net.org/~hst306/documents/huron.html>

12. El tono distinto del movimiento de los estudiantes norteamericanos se sintetiza en el Manifiesto de Port Huron de 1962 de la Sociedad de Estudiantes Democráticos (SDS), citado en tota anterior.

tema soviético y la burocratización paralizante, y postula la «sociedad socialista de rostro humano» que plantea Alexander Dubcek en abril de 1968, con pluralismo político y libertades. Pero también hay en estos países contestación de jóvenes (y otros sectores) que rechazan el comunismo sea soviético o «de rostro humano», por entender que este sistema, en su entraña, deteriora la vida de las personas al incubar una cultura política sin libertades, llena de controles, imposiciones y coacciones que anula derechos, mantiene la iniciativa personal con las alas recortadas. Evidentemente este rechazo del sistema socialista será hegemónico en la izquierda a partir del aplastamiento de la primavera checoslovaca. Los sucesos de Checoslovaquia de agosto de 1968 representan la frustración de una esperanza no sólo en Europa oriental sino en los países occidentales, en los que desde entonces la izquierda estudiantil considera que el socialismo real es impotente para cambiar la vida de aquí, la de este mundo, la de los trabajadores y los ciudadanos (no la vida de otra parte, la de un futuro idealizado de justicia y libertad comunista que nunca llega aunque reclama sacrificios). Muchos universitarios en todo el mundo rechazan el comunismo soviético (que había sido criticado desde muy pronto por estudiantes de Alemania federal) y, a mediados de los sesenta, unos estudiantes apuestan por el trotskismo, otros adoptan como modelo (desde el desconocimiento) la revolución cultural maoísta, otros miran hacia América Latina y sus guerrillas como después comento, otros ensayan vías intermedias entre el reformismo socialdemócrata y el movimiento revolucionario (*Il Manifesto*, el PSU francés, el FLP español, el MAPU chileno...), otros, en fin, los neoizquierdistas, buscan alternativas distintas de la tradición marxista-leninista y reformista.

En América Latina la situación también es distinta. La enorme desigualdad social o «sociedad dual», como rasgo común a sus diversos países, comporta grandes diferencias: por un lado hay burguesía y profesionales (cuyos hijos nutren las universidades) que son un sector social moderno, cuyas pautas culturales se corresponden a las de los países occidentales; por otro, también hay en estos países campesinos explotados y atrapados en una economía de subsistencia y trabajadores asalariados en condiciones inicuas de explotación. En estas circunstancias se modula una específica concienciación de los estudiantes de izquierda que es, con frecuencia, más radical, más politizada, más comprometida en su discurso y actividades que la de países desarrollados, aunque no todas las protestas se propongan prender «focos» revolucionarios, limitándose mayoritariamente, como en los países desarrollados, a apoyar moralmente a la izquierda revolucionaria del continente. Como en todo el mundo, los estudiantes latinos politizados de izquierda se solidarizaron con la revolución cubana y la guerrilla del Che... Pero no debe olvidarse que un rasgo que caracteriza la protesta de estos países es, también, la rebeldía generacional (contra el autoritarismo institucional y familiar, contra las con-

venciones morales, contra el conservadurismo cultural y a favor de la revolución mundial). Específico de las protestas escolares de estos países, como en otros de la Europa mediterránea, fue retar dictaduras y regímenes de partido único, sacudiendo así las conciencias sociales con sus manifestaciones y reivindicaciones de libertad, liberación de presos y diálogo.

Del mismo modo que lo que sucede en los países del este de Europa repercute en todo el mundo, lo que sucede en América Latina también. Desde que en Cuba cuaja la revolución, ésta se convierte en símbolo y modelo de jóvenes radicales de los cinco continentes estimulándolos románticamente a realizar sus sueños revolucionarios más audaces, aunque sólo el guerrillero argentino Che Guevara, colaborador de la revolución cubana, culmina su breve trayectoria vital ofreciendo su vida en la lucha de un foco guerrillero boliviano que él mismo crea y que pretende «acelerar la historia», redimiendo a toda América Latina de la explotación y la opresión imperialista. Y es entonces cuando el Che se convierte en icono de toda una generación que lo admira como a una estrella de rock.

En fin, en países como España, Portugal o Grecia, también bulle una juventud universitaria «insatisfecha» y dispuesta a cambiar el orden de las cosas, el *statu quo*. La protesta de los jóvenes, no sólo universitarios, es también una rebeldía generacional como en todas partes, pero, además, es una oposición en toda regla contra sus respectivas dictaduras, y esta lucha, unida a las condiciones de retraso de estos países, introduce diferencias en el movimiento estudiantil que se caracteriza por minar a sus dictaduras por un lado (la revuelta de la Politécnica de Atenas de 1973 podría ser emblema), y por el otro también es una protesta contra el capitalismo, contra el imperialismo, contra el mundo de los adultos o contra la sociedad consumista, aunque en algunos aspectos este segundo frente se hace con un lenguaje menos enfático y unas formas menos alternativas que en los países industriales avanzados. Podemos decir que en estos países, la protesta estudiantil adopta rasgos específicos: 1) es mucho menos existencialista, 2) las expectativas de ocupar buenos puestos al licenciarse son más claras —por el momento— que en los países más desarrollados, 3) la contestación está más vertebrada a la oposición clandestina y el blanco de sus críticas son las dictaduras.

★ ★ ★

¿Por qué se produjo esa protesta? ¿Por qué en tantos sitios a la vez? Creo que se puede organizar esta respuesta atendiendo tres factores. En primer lugar, la especificidad de la rebelión juvenil de los años sesenta echa sus raíces en el crecimiento económico y cambio social que conoció el mundo después de la Segunda Guerra Mundial. Ahí radican los rasgos de la protesta juvenil de los años sesenta, frente a los de otras épocas. Crece la

clase media y muchos de sus hijos e hijas, debido al incremento de la renta de las familias, acceden a la enseñanza secundaria y superior, masificándolas. Los universitarios de los países desarrollados y en vías de desarrollo adoptan una actitud con muchos elementos comunes debido a que desarrolla semejanzas culturales de grupo en todas partes, fluidez de actitudes, estandarización de gustos y mayor intercomunicación que nunca.

Estos jóvenes, en la medida en que se socializan, se enfrentan a la cultura de conformidades y a la rigidez de costumbres de sus mayores, una generación esforzada que ha levantado con abnegación el estado del bienestar en los países avanzados. En cambio, los hijos mejor posicionados de esta generación, los universitarios, son los primeros en cuestionar «existencialmente» ese mundo. A estos jóvenes radicales les desilusiona la clase obrera industrial: la consideran (sin mirarse a sí mismos) acomodada al estado del bienestar y de la guerra (*warfare-welfare state*) y expresan enfáticamente el distanciamiento generacional: «[La rebeldía de los jóvenes] hoy —dice en 1968 Bernd Rabelh, activista de la Liga de Estudiantes Socialistas de Alemania— se trata de la cólera contra un vida sin sentido y contra la situación de permanente minoría de edad impuesta cínicamente por mezquinas autoridades que ejercen su despótico dominio en el aparato del estado, en las jerarquías universitarias y escolares y en la empresa».¹³ Así las cosas, tienden a formarse ellos mismos (o así lo entienden), con gran independencia de sus mayores. En diversas latitudes suelen decir lo que señala José Ribes un estudiante de 1971 de Barcelona: «Pertenezco a una generación con mitos —Jim Morrison, John Lennon, Andy Warhol, Che Guevara— pero sin maestros. En España, las circunstancias nos forzaron a ser autodidactas; nos formamos gracias al cúmulo de curiosidades sentidas y experimentadas hasta el fondo de nuestras almas».¹⁴

En segundo lugar, la rebelión se explica por todo un vasto y variado conjunto de nuevas prácticas sociales de comunicación, debidas al desarrollo de las nuevas tecnologías surgidas después de la Segunda Guerra Mundial, que modifican la percepción del mundo y la vida cotidiana.¹⁵ La explosión de los medios de comunicación, el triunfo audiovisual, la difusión de la radio, el transistor, la proliferación de emisoras musicales que difunden las listas de los éxitos, la aparición del disco de microsurco, el *pick up*, la guitarra eléctrica, la difusión de música *pop* y *rock and roll*, la televisión —destacado vector

13. Bernd Rabelh, «Del movimiento antiautoritario a la oposición socialista», en Uwe Bergmann *et al.*, *La rebelión de los estudiantes*, Barcelona, Ariel, 1976, p. 272.

14. José Ribes, *Los 70 a destajo: Ajoblanco y libertad*, Barcelona, RBA, 2008, p. 73.

15. Marshall McLuhan y Quentin Fiore, *El medio es el mensaje*, Buenos Aires, Paidós, 1969; Neil Postman, *Divertirse hasta morir: el discurso público en la era 'show bussines'*, Barcelona, Ediciones de la Tempestad, 2001. Para este proceso, Enric Bordería Ortiz, Antonio Laguna Platero y Francesc A. Martínez Gallego, *Historia de la comunicación social: voces, registros y conciencias*, Madrid, Síntesis, 1996, 385-409.

de publicidad y nuevas pautas culturales— que, aunque anterior, no empieza a extenderse por el mundo hasta los años cincuenta y sesenta, el boom del libro de bolsillo, el cine que vive su época dorada, las motos, el automóvil... forman parte de la intensidad en la interacción comunicativa que, aunque afecta a toda la sociedad, es más veloz entre los jóvenes que nacen con estos nuevos medios (toda tecnología constituye, en el fondo, una propuesta de modelos de comportamiento). La cultura de masas juvenil, con estos avances, se estandariza sin menoscabo de que en cada país existan sus propios aspectos e iconos.

Los jóvenes de las universidades, con mudanzas en unas y otras partes del mundo, leen los mismos libros, descifran a los mismos filósofos, ven las mismas películas, siguen las mismas modas, cantan las mismas canciones y, en fin, comparten unas nuevas formas culturales que definen su identidad. Surge una comunicación que, aunque controlada por la industria y los centros de poder, es más rica y directa que antes y permite, al menos en los años sesenta y primeros setenta, una fuerte corriente crítica que cuestiona el sistema desde dentro.¹⁶ *All you need is love; I can't get no satisfaction.*

A la música se añade la información de lo que sucede en el mundo, sean cuestiones políticas o de vida cotidiana.¹⁷ Los nuevos medios de comunicación influyen en la politización dando a conocer las noticias de una y otra clase de forma más directa y vívida que nunca. Algunas de estas noticias provocan protestas que, con frecuencia, adoptan nuevos lenguajes —sentadas, desnudos—protesta, manifestaciones jocosas...— que llaman la atención de los medios y también son noticia, lo que contribuye, sin duda, a ampliar su repercusión y difundir la conciencia contestataria.

El tercer factor, en fin, es la politización. Cada país tuvo unos motivos, unos incidentes, unas «gotas que desbordaron el vaso» y una cronología con la que rastrear la politización de sus jóvenes más inquietos y la ruptura generacional. En términos generales entiendo que se pasa de la cultura (información, conciertos, cine-forum, lecturas, teatro...) a la política. Los jóvenes universitarios que tienen inquietudes políticas perciben, antes que nadie, las deficiencias del mundo de la postguerra tan grato a sus padres, la

16. Al mediar los setenta, la contestación fue aplastada por el mercado, por la industria y otras coerciones. Manuel Vázquez Montalbán, *Historia y comunicación social* (edición revisada y ampliada), Barcelona, Crítica, 1997, pp. 197-207; Detlef Siegfried, «Music and Protest in 1960s Europe», en Martin Klimke y Joachim Scharloth, *1968 in Europe...*, pp. 57-70; Bertrand Lemonnier, «La guitare: pop, rock et protest songs», en Phillippe Artières y Michelle Zanarini-Fournel, *68: une histoire collective...*, pp. 67-75; Daniel Cohn-Bendit y Rüdiger Dammann, «I can't get no satisfaction. Prólogo: el inesperado vuelco del mundo», en la obra editada por ambos, *La rebelión del 68...*, p. 18.

17. Fueron hitos las independencias afroasiáticas, la revolución cubana, la campaña de derechos civiles en los Estados Unidos, la rebeldía de la población negra norteamericana, la guerrilla de Che Guevara, la guerra de Vietnam... También la minifalda de Mary Quant, el pelo largo de los chicos ...

política de bloques, el consumismo alienante, el subdesarrollo, el «burocratismo» de los países del bloque comunista, la miseria de los campesinos de América Latina, el racismo, el feminismo, etc. Son lectores de periódicos y hacen «exámenes críticos de prensa».¹⁸ Siguen la actualidad internacional al dedillo, organizan congresos contra el armamento nuclear, discuten los «crímenes» de Estados Unidos en Vietnam, se manifiestan contra visitas de déspotas extranjeros como el Sha de Persia...¹⁹ También advierten los cambios que se están produciendo desde los años cincuenta y durante los sesenta: las consecuencias del progreso económico, la mutación social, la escolarización masiva de adolescentes y jóvenes, la nueva tecnología avanzada que empiezan a llamar postindustrial,²⁰ o la incorporación de mujeres de clase media al trabajo y los cambios en la estructura de la familia tradicional.²¹

En este proceso de politización saben aprovechar, además de los medios, y las posibilidades que ofrece la socialización dentro del espacio académico, donde operan protagonistas de su misma edad, semejante procedencia social, similares gustos y parecidas inquietudes. La influencia de intelectuales (y la lectura y debate de sus obras) como Jean Paul Sarte, Simone de Beauvoir, Louis Althusser, Charles Wright Mills,²² E. P. Thompson, Eric Hobsbawm, Herbert Marcuse,²³ Theodor Adorno, Max Horkheimer, Ernst Bloch, Franz Fanon, Guy Debord,²⁴ Raoul Vaneigem,²⁵ Cornelius Castoriadis...²⁶ les resulta estimulante, como la de revistas como *Socialisme ou Barbarie*, *International Situationniste*, *Il Manifesto*, o *Cuadernos para el Diálogo* o *Triunfo* en España.

Pero no sería exacto explicar la politización de los jóvenes omitiendo la labor de zapa política, la presencia del estudiante militante de organizaciones de izquierda, la del grupo de compañeros que interactuando se conciencian y deciden pasar de la cultura a la

18. Consisten en contrastar en mesas redondas las informaciones de prensa de diversos países y/o periódicos de su país de orientación divergente.

19. Uwe Bergmann, «Historia del movimiento estudiantil», en la obra del mismo autor y otros, *La rebelión de los estudiantes...*, pp. 7-56.

20. Véase Richard Gombin, *Los orígenes del izquierdismo*, Madrid, ZYX, 1973, p. 9.

21. «Mantenida económicamente por el padre —escribe en 1972 Josep Maria Carandell—, la familia coercitiva se debilita desde el momento en que las mujeres de la clase media, como antes las de la clase baja, se ponen a trabajar y se valen por sí mismas. Esta tendencia, obligada por la necesidad o voluntariamente elegida, se convierte muy pronto en una lucha que combina las exigencias económicas con las jurídicas y sociales, y [está] poderosamente facilitada por el control de la natalidad». Cf. Josep Maria Carandell, *Las comunas: alternativa a la familia*, Barcelona, Tusquets, 1972, p. 9.

22. *The Sociological Imagination* (1959).

23. *One-Dimensional Man* (1964).

24. *De la misère en milieu étudiant* (1966); *La société du spectacle* (1967).

25. *Traité de savoir vivre à l'usage de jeunes générations* (1967).

26. *La société bureaucratique* (1973).

política. En organizaciones establecidas es muy frecuente que el militante joven se escinda y forme grupo o partido nuevo; así sucedió con los partidos comunistas, socialistas y socialdemócratas. Otras veces son los mismos estudiantes/intelectuales quienes, junto con otros voluntariosos militantes de otros ámbitos sociales, acaban por formar un grupo (partido, frente, etc.) que se difunde. Entre las organizaciones cabe señalar los *Students for a Democratic Society* (SDS) de Estados Unidos, la *Sozialistischer Deutscher Studentenbund* (SDS), la *Union National d'Étudiants de France* (UNEF), el *Mouvement 22 de Mars*, *Lotta Continua*, la Federación Japonesa de Asociaciones Estudiantiles o *Zengakuren* o los Sindicatos Democráticos de España. En resumen, sin el militante comprometido o revolucionario no se entiende tampoco la politización de muchos radicales y concienciados que dan carácter a una generación.

En términos generales, mirando el conjunto occidental, hubo varias maneras de organizar la protesta de los estudiantes, muy variada y multiforme, que van de posiciones reformistas a radicales. Las posiciones de reforma buscaron el entendimiento y la realización de modificaciones de ámbito académico. El radicalismo podemos agruparlo en dos grandes tendencias por sus planteamientos, estrategias y culturas políticas. Por un lado, la extrema izquierda, de corte marxista-leninista que conforma un caleidoscopio más o menos inconstante de grupos trotskistas, maoístas, comunistas «no revisionistas», etc. que son notoriamente antisoviéticos. Por otro lado, también hallamos lo que propiamente constituye la nueva izquierda alternativa, que tuvo gran atractivo y aportó las más destacadas novedades, aspiraciones y maneras, y desarrolló un aire ácrata, libertario, anarquista, irreverente, críticamente corrosivo del mundo capitalista (tan crítico como impotente para transformarlo) y del autoritarismo allá donde lo detectasen: en el estado, en las universidades y en las fábricas gobernadas por el fordismo.

Mientras la extrema izquierda universitaria profundiza teóricamente en las vías ya exploradas de la revolución, asalta palacios de invierno, se solidariza con guerrillas y plantea la lucha continua, integrando o no a los campesinos en su estrategia, dando mayor o menor protagonismo a las vanguardias o a las masas y, sin duda, visitando (al menos de forma retórica) la violencia política como instrumento de revolución, la nueva izquierda ensambla la vida cotidiana con la revolución social, abandona la idea de la izquierda clásica de alcanzar sociedades soñadas de un futuro paradisíaco a cambio de un puñado (mayor o menor) de sacrificios y luchas del presente, entiende que cada ser humano puede generar situaciones transformadoras (se les llama situacionistas) en el ámbito personal de la vida de cada día (el «espontaneísmo táctico», *happenings...*), en los

gestos y maneras, en la relación con los demás... que revolucionen el mundo y liberen a los humanos.²⁷

La trayectoria de las dos décadas de protestas es frustrante. Fontana dice que los movimientos de protesta juveniles «carecían de proyectos razonables para cambiar las cosas».²⁸ A medida que fue adelantando la década, la rebeldía estudiantil se desliza de las iniciales posiciones reformistas a las radicales. Se caracterizan por actos dirigidos contra las autoridades académicas o políticas que se proponen no tanto negociar soluciones como contestar el sistema y provocarlo, evidenciar el carácter represivo del *statu quo*, etc. Y no siempre en la protesta escolar la estrategia de una acción está decidida de antemano: a la nueva izquierda le complace la acción de protesta creativa (no planificada) que desarrolla más la identidad del grupo y la diversión entre los participantes.²⁹

Sólo nos queda un apunte final: todas estas protestas concluyen en todas partes en la desesperanza. Los obreros no están dispuestos en ningún lado a asaltar palacios de invierno. Los grupos de extrema izquierda y la nueva izquierda que se han forjado al reflujo del movimiento sesentayochista se quedan solos. Muchos de los estudiantes que protestaban a sus veinte años, cuando se hacen mayores ingresan *velis nolis* en el mundo de los adultos: de ser sostenidos por sus padres pasan a sostenerse ellos y sostener a una familia, si la forman; de recibir a tener que dar. Diluyen, pues, sus ilusiones en la espesa niebla de la vida de cada día que delimita su voluntad y su fantasía. Ecologistas, feministas, pacifistas... absorben a no pocos militantes universitarios, pero también los absorben partidos socialdemócratas, eurocomunistas o conservadores. Y hasta subsisten algunos en pequeños grupos trotskistas o maoístas que, ante la alternativa de diluirse «en el sistema» al que tanto han criticado, mantienen la militancia antes de desencantarse y rechazan la democracia, acusada de «formal». Sólo unos pocos, muy pocos, buscan la lucha armada y se integran en organizaciones basadas en la violencia y el terrorismo.³⁰

LA REBELIÓN DE LOS ESTUDIANTES EN ESPAÑA

El movimiento estudiantil en España es una de las principales manifestaciones de oposición que surgen contra la dictadura. Despierta a la política a muchos jóvenes y es una

27. Richard Gombin, *Los orígenes del izquierdismo...*, p. 14.

28. Josep Fontana, *Por el bien del imperio...*, p. 474.

29. Marvin B. Scott y Stanford M. Lyman, *La rebelión de los estudiantes...*, pp. 232-238.

30. Tal fue el caso de los que pasaron a formar parte de la Fracción del Ejército Rojo (RAF) más conocida como banda Baader-Meinhoff, las Brigadas Rojas u otras organizaciones terroristas.

prodigiosa escuela cívica que contribuye a formar ciudadanos más libres, algunos de los cuales diez o quince años después de su paso por las aulas intervienen en la transición democrática como políticos activos y los más como ciudadanos. Además, la protesta universitaria, con sus asambleas, carteles, murales, manifestaciones, encierros, sentadas, recitales..., no pasa inadvertida en amplios sectores sociales de grandes y pequeñas ciudades.

Los protagonistas de la protesta, claro está, son los estudiantes. Ahora bien, debemos discernir dos grupos. Por un lado, los pequeños núcleos organizados de militantes clandestinos que se forman en las aulas de manera sistemática desde 1956, promoción tras promoción y, por otro, los que sin llegar al compromiso de la militancia tienen actitudes distanciadas y hasta disidentes a cuanto el régimen comporta, o las adquieren y desarrollan en la universidad y, en consecuencia, se integran en la movilización. Lógicamente, entre los militantes y los antifranquistas menos comprometidos operan redes y conexiones, y de la cantera de los segundos se nutren periódicamente los grupos más organizados.

La dicotomía entre los más activos y los que están dispuestos a activarse fue vista por Laín Entralgo a mediados de los años cincuenta.³¹ En su informe sobre la situación espiritual de los estudiantes observó que los más «inquietos» forman una minoría «activa y operante» que siente «viva desazón» por el futuro de España y hace una «crítica acuciosa» al régimen, al que consideran incapaz de «resolver con justicia y eficacia los problemas de la vida española». Junto a la minoría de inquietos está la «masa» estudiantil —así la llama— que se preocupa por las salidas profesionales y las diversiones y, aunque políticamente el rector la consideraba «inocua», intuye que no lo es del todo, pues estos estudiantes están, según dice, «espiritualmente disponibles» a las incitaciones de la minoría de audaces. Algunas encuestas que se hicieron en la segunda mitad de los años cincuenta, por otro lado, confirman estos diagnósticos: la mayoría de estudiantes desean un cambio político democrático y son partidarios de intervenir en elecciones para cargos representativos.³² En otras palabras: la masa estudiantil no es tan anodina, y buena prueba de ello es su participación en los sucesos de 1956 y 1957. Pero hay otra novedad, mucho más importante en las protestas de finales de los cincuenta que Laín no subraya, pero sí que lo hace abundante literatura memorialística, entre ella un texto valioso de Santos Juliá: los hijos de los vencedores y los vencidos

31. «Informe de don Pedro Laín Entralgo respecto a la situación espiritual de la juventud española», Madrid, 1955, reproducido en Roberto Mesa (ed.), *Jaraneros y alborotadores. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid*, Madrid, UCM, 1982, pp. 45-53.

32. José Luis Pinillos, «Las actitudes sociales en la Universidad de Madrid, 1955. Avance del estudio», recogido en R. Mesa (ed.), *Jaraneros y alborotadores...*, pp. 58-64. Francisco Murillo Ferrol y José Jiménez Blanco, *La conciencia de grupo en los escolares de la Universidad de Valencia*, Madrid, Instituto Balmes de Sociología, 1958.

comenzaron a asumir las mismas reivindicaciones, participar en las mismas plataformas y firmar los mismos manifiestos.³³

En los años sesenta esta actitud de disconformidad siguió sazonzándose aún más. Ello se debe, en buena parte, a los cambios que se operaban en la composición social del alumnado, a la llegada de nuevas gentes (capas medias) a la universidad, a las nuevas experiencias y expectativas de vida de aquellos jóvenes, a una actividad opositora de los grupos clandestinos que se hace mucho más eficaz y aprende a conectar con la «masa estudiantil que estaba «espiritualmente disponible».

El régimen también intenta atraerse a los jóvenes, pero fracasa. En 1962, Martín Villa, un joven ingeniero industrial, consejero nacional del Movimiento y pronto jefe nacional del SEU, en un informe sobre la juventud universitaria donde tanteaba las posibilidades de integrarla al Movimiento, dice con contundencia: «la juventud se nos ha ido».³⁴ Y se intenta remediar la pérdida «abriendo cauces». Los cauces que abre la dictadura a través del SEU para asimilar a los críticos y controlarlos, desde 1958-59 y durante los primeros años de la década de 1960 no tienen éxito, aunque deben enmarcarse en lo que algunos sectores de la oposición denominaban «reajuste del bloque de poder».³⁵ Se trata de adaptarse al capitalismo subsiguiente al plan de Estabilización y de desarrollar unas nuevas tentativas de integración de los movimientos populares, manifiestas en la estrategia del régimen de integrar la disconformidad estudiantil y la obrera.

Sin embargo, estas tentativas «aperturistas» y de integración, acaban por ser desbordadas por la oposición. La dictadura no puede asimilarlas, como expresa Lora-Tamayo: la agitación de los universitarios españoles, dice el ministro, se debe no sólo a las características sociológicas y generacionales comunes a otros países europeos y americanos, sino además a «interferencias netamente políticas frente al régimen existente».³⁶ Estas «interferencias» no son otras que la presencia constante de la militancia clandestina y la difusión de una cultura política antifranquista cada vez más significativa. En el curso 1964-65 los estudiantes se han organizado no sólo al margen del sindicato obligatorio y del régimen, sino contra el SEU. Aunque los representantes de los estudiantes están subordinados a la línea de mando del SEU, sus actividades entran en colisión con las directrices de los falangistas que dirigen el sindicato-universitario y con las autoridades académi-

33. Santos Juliá, *Elogio de la historia en tiempo de memoria*, Madrid, Marcial Pons, 2011, p. 219.

34. El informe de Martín Villa, titulado «Incorporación al Movimiento de la juventud universitaria», se reproduce en Pere Ysàs, *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, Crítica, 2004, pp. 211-235, la cita en p. 220.

35. Para uno de los análisis de la primera mitad de los sesenta es el informe de Jordi Estivell de abril de 1977 sobre el congreso de los socialistas catalanes de Montserrat de febrero de 1967, cf. AUV. Cúco 024/carpeta 2.

36. Recogido en A. Bayod (coord.), *Franco visto por sus ministros*, Planeta, Barcelona, 1981, p. 130.

cas, dando lugar a pequeñas y grandes tensiones, ocasionadas frecuentemente por la prohibición de actos culturales, lo que conduce a romper con el SEU. Cuando esto sucede, los alumnos hacen sentadas y protestas. La respuesta de las autoridades suele ser la anulación de la representatividad o, según circunstancias, el expediente y la sanción, lo que a su vez puede multiplicar los disturbios. A la estrategia de penetrar en los intereses oficiales, seguida también por el movimiento obrero, se la llamó «entrismo».

Nos concierne apuntar cómo se politizan miles de escolares que, aunque nunca llegan a militar, subvierten la dictadura. Confluyen tres factores que interactúan. El primero son las actividades culturales y políticas que se gestan y se difunden en las aulas y en su entorno. Podían proceder de las cámaras de delegados, de los actos culturales, de las clases de algunos profesores, de las asambleas, de las «largas horas» que se pasaban «charlando, borrando mitos del pasado y creando mitos para el futuro», asistiendo al cine-forum, a la conferencia que motivaba reflexiones, a la lectura y comentario —lee y discute, reza una editorial celebrada— del libro sugerido por el grupo de amigos o por un profesor discrepante. Y de la charla y la actitud crítica, pasan, gradualmente, a la politización...

El segundo factor, es la necesidad que sienten muchos estudiantes —no sólo los militantes— de organizarse libremente y con independencia del SEU, para votar delegados, para organizar actos, para redactar boletines, para hacer actividades que les resultaban sugerentes. Buscan construir su mundo y alteran necesariamente el que les rodea. Cuando a principios de los sesenta se presentan a las elecciones y se infiltran en el SEU, lo que buscan es organizar actividades que les interesan y nadie mejor que ellos se saben buscar. Cuando mediada la década crean los sindicatos democráticos, que eran propios e independientes del SEU, se enorgullecen de decir que son «nuestros», entre otras razones porque desde ellos organizaban «una vida fantástica dentro de las universidades, con obras de teatro, películas, librerías de estudiantes, conferencias, charlas, seminarios, carteles, revistas murales que ahora atacaban ya directamente al régimen, denunciando la represión y la dictadura».³⁷

El tercer factor, en fin, es la misma represión de la dictadura, que aunque desbarata o desmantela cíclicamente la organización del movimiento universitario, crea identidad y define al enemigo.³⁸ A medida que la represión de los años de Lora-Tamayo, Villar Palasí y el gobierno de Carrero actúe contra los estudiantes, se hagan redadas o se cierren facultades o universidades enteras; a medida que el expediente y la sanción se convier-

37. José María Maravall, *Dictadura y disenso político. Obreros y estudiantes bajo el franquismo*, Madrid, Alfaguara, 1978, p. 175.

38. Véase el testimonio de Vicent Álvarez Rubio, «El Partit Socialista Valencià», en Benito Sanz Díaz y Ramón Ignacio Rodríguez Bello (eds.), *Memoria del antifranquismo. La universidad de Valencia bajo el franquismo, 1939-1975*, Valencia, Universitat de València, 1999, p. 125.

tan en costumbre... su impacto amplificará la conciencia política antifranquista de miles de escolares. Probablemente, más que ningún discurso político, más que ninguna lectura «subversiva», la represión tanto contra universitarios como contra el movimiento obrero o las más diversas acciones de la oposición antifranquista, sirve para politizar a estudiantes, hacerlos participar en asambleas, sentadas, conciertos y otras actuaciones contestatarias.

Esencialmente, las estrategias que se articulan en el movimiento estudiantil en España se pueden agrupar en dos formas diferentes, la reformista y la radical, cada una de las cuales adopta una cronología específica: la primera se impone hasta 1967-68 y la segunda desde entonces hasta 1978. En general, esta periodización es, con matizado retraso en unos pocos años, parecida a otros muchos países en los que, en una primera fase, predomina un movimiento cuyo objetivo es la contestación del sistema universitario vigente y su reforma: su transformación en sentido democrático, la apertura a la participación del colectivo (erradicando el poder de los arrogantes catedráticos y rígidas estructuras autoritarias), la apertura a todas las clases sociales, la alteración de los métodos de enseñanza... En esta fase se forman sindicatos en diversos países, como en España, donde primero se practica el entrismo en el SEU y luego, en 1967, se constituyó el Sindicato Democrático de Estudiantes en cada universidad, con sus congresos abiertos y con representantes de todas ellas, que acaba vapuleado por la policía franquista y el Tribunal de Orden Público.

En una segunda fase, que va cuajando desde mediados de década y en España se ve enfatizada por la represión sin contemplaciones del sindicalismo democrático y la poderosa influencia de mayo del 68 hay un cambio notorio: de las reivindicaciones académicas se pasa a las reivindicaciones políticas de carácter general. Se organizan nuevos grupos radicales maoístas y trotskistas que no aspiran ya tanto a reformar la universidad cuanto a hacer la revolución, a erigirse o a creerse (era un sueño adolescente) vanguardia de la clase obrera. Se desarrolla un extremismo fantástico que fascina a los jóvenes universitarios y que se caracteriza por un simplismo revolucionario de máximos que camufla la «realidad». Coincide con una etapa de movilización (y en ocasiones puntuales de radicalización) de la clase obrera en países como Francia, Italia o España, y en, este último, coincide con la represión sistemática de toda oposición antifranquista y del sindicalismo de los trabajadores y una indignación cívica creciente.

En la universidad, aunque en la fase radical 1967/68-1978 logra sobrevivir la rebeldía estudiantil, lo hace a costa de segarse la hierba del apoyo más masivo que logró desde finales de los cincuenta a mediados de los años sesenta, cuando consigue atraer a muchos estudiantes, hacerlos partícipes de novedades mentales y actitudes, infiltrarse en el SEU,

minarlo y forzar que el régimen lo disuelva y, en fin, cuando el movimiento contestatario de los estudiantes logra crear el Sindicato Democrático de Estudiantes.

Para acabar, debe advertirse que, frente a la monocromía con que a veces se mira al movimiento estudiantil, éste fue rabiosamente plural de principio a fin. A) Hasta finales de los sesenta, en la galaxia de grupos universitarios antifranquistas cabe destacar cinco familias, cada una con diversas organizaciones: 1) los comunistas (PCE y PSUC); 2) los socialistas (como la Agrupación Socialista Universitaria, el Partido Socialista del Interior), 3) el Frente de Liberación Popular, un grupo originariamente de católicos y marxistas heterodoxos unos y otros); 4) los católicos, como la Juventud Estudiante Católica, y 5) los nacionalistas en diversos territorios del país y de diversas posiciones ideológicas. B) Desde finales de los años sesenta y en los setenta, a algunas organizaciones anteriores que subsisten como los comunistas (que amplían su influencia), nacionalistas (importantes en algunos territorios españoles y menos en otros), socialistas y católicos, se añade, por un lado, la izquierda radical, formada principalmente a partir de la fragmentación del espectro comunista y la disolución de FLP, surgiendo así un abanico de partidos marxista-leninistas, maoístas y trotskistas con aceptación entre minorías concienciadas de estudiantes, que constituyen un auténtico caleidoscopio de ideas parecidas y grupos rivales continuamente en efervescencia.³⁹ Por otro lado, se levanta la nueva izquierda, con menos fuerza que en países más desarrollados, pero emergiendo ya las primeras manifestaciones organizadas del feminismo de la «segunda ola», del ecologismo, del pacifismo, de la liberalización sexual y de costumbres y la contracultura.

39. Deben citarse el PCE (m-l) que se escindió de los comunistas en 1964, el PCE (i) que surgió en 1967 y al año siguiente sufrió una escisión que dio origen a Bandera Roja (BR), formación que aglutinó escisiones varias de otros grupos. El PTE se consolida en 1970 y dispone de una rama juvenil, la Joven Guardia Roja (JGR), con atractivo. La Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT), que se constituyó como partido también en 1970, apostaba por la ruptura democrática y la lucha de masas. El Movimiento Comunista de España (MCE) —se llamó así más tarde— procedía de una escisión de la izquierda abertzale a la que se añadieron en 1972 grupos comunistas que defendían la autodeterminación en un contexto radical de marxismo-leninismo veteado de maoísmo. La LCR se aglutinó en 1972 para recibir en 1973 una rama desgajada de ETA que era trotskista (pasando a denominarse LCR-ETA VI Asamblea) y agrupaba también pequeños sectores de ideología marxista, procedentes del FLP. En este espectro no faltan partidos marxista-leninistas y nacionalistas, como el PSAN. Los anarquistas encuentran poco hueco en aquel momento en la vida política de la universidad, aunque algunas de sus propuestas sean populares y el pensamiento libertario prenda en las actitudes de muchos jóvenes.